

Julieta: la mujer como teofanía de la Belleza

La historia de amor entre Romeo y Julieta, como todas las historias de amor de la literatura amatoria mística, representa una alegoría del amor profundo por la Belleza absoluta que se manifiesta en las cosas creadas. Sólo el amor acaba venciendo el odio que hay entre las dos familias, Capuletos y Montescos, causado por la veneración a los ‘dioses’ del dinero y de la posición social. Cuando dos miembros de ambas familias se enamoran porque ven la belleza del otro, reflejo de la divina, esto genera un amor que va más allá de los nombres. El famoso pasaje en el que Julieta pregunta retóricamente qué hay en un nombre, pues la rosa, si tuviera otro nombre haría olor igualmente, sintetiza este tema: la realidad del Amor destrona los ídolos del corazón, las construcciones ficticias y las apariencias sociales, y une lo que aparentemente está separado pero en realidad siempre ha sido Uno.

Cuando Benvolio le aconseja a su amigo que mire otras bellezas para dejar de pensar en su amada, le responde el enamorado Romeo que precisamente mirando las demás recuerda la belleza de su amada, y le dice también que le muestre la mujer de más grande belleza y sólo le servirá para recordar el nombre de aquella que todavía es más bella⁷³. Aunque la lectura habitual del texto da por sentado que Romeo se refiere a su amada Julieta, sin embargo es significativo que Shakespeare no la nombra, sino que se refiere al ‘nombre de aquella que es todavía más bella’. La mujer de más grande belleza se refiere a la mujer terrena más bella que exista, sea Julieta u otra, mientras que la expresión ‘aquella que todavía es más bella’ puede ser interpretada en otro sentido.

⁷³ *Id.*, *Romeo y Julieta*, Acto I, Esc. I.

Shakespeare esboza a través de la figura de la bella Julieta uno de los temas clave del edificio metafísico del sufismo, a saber, el de los grados de manifestación de los atributos divinos en el mundo, en este caso el atributo de la Belleza cuya manifestación terrena por excelencia es la belleza femenina. El atributo de la Belleza (*jamāl*) es el que inspira el amor a los seres bellos, que le recuerdan al enamorado la fuente única y suprema de la belleza. Y esto es así porque, en palabras de Ibn ‘Arabī:

“Quien ama al mundo por su belleza únicamente a Dios ama, dado que la divina Realidad no tiene más lugar epifánico que el cosmos”⁷⁴.

Y todos los seres reflejan aquella Belleza absoluta en menor o mayor grado, pues, como dice la canción ‘Las hay bellas y todavía las hay más bellas’⁷⁵. Es decir, existe una escalera de perfección, de menos a más, y esta escala de grados es prueba de la existencia de los Bellos Nombres divinos, pues el mismo hecho de reconocer que ‘este ser es más bello que aquel otro’ indica que el alma conoce intuitivamente la fuente única a partir de la cual hace tal comparación. Si los atributos divinos no existieran no podrían reconocerse en el mundo. El corazón, cuando no está irremediamente velado, sabe reconocerlos, pues distingue entre el bien y el mal, lo justo de lo injusto, la belleza de la fealdad, y la nobleza de la vileza. El corazón conoce al Verdadero (*al-Ḥaqq*), inefable y perfecto en su esencia, y aunque no pueda definir sus atributos los reconoce en el mundo cuando los ve, este es el misterio. Nadie ha definido todavía el Amor, pues, dice Rūmī que

74 Cf. P. Beneito, *El lenguaje de las alusiones: amor, compasión y belleza en el sufismo de Ibn ‘Arabī*, Editora regional de Murcia, p. 103.

75 Canción de Asia Central titulada ‘Samaver Kuydum’.

cuando alguien lo intenta la pluma se le rompe; sin embargo, todos reconocen el amor cuando se presenta.

Valga recordar aquí que los Bellos Nombres o Atributos divinos coinciden con los altos valores humanos que el ser humano está llamado a realizar en sí mismo, es decir, los infinitos atributos, noventa y nueve de los cuales aparecen mencionados en el Corán, que corresponden a las distintas cualidades de carácter (compasión, conocimiento, justicia, fuerza, sabiduría, belleza, amor, paciencia, etc.), y por ello se habla de la naturaleza teomórfica del ser humano, que es la forma adánica original.

Significativo es también que Shakespeare compara la situación del amante Romeo con la de un ciego que nunca olvida el tesoro de la vista que perdió. Es decir, Romeo representa al amante arquetípico que ha visto la Belleza absoluta, y las bellezas que ve le recuerdan la fuente absoluta cuyo recuerdo guarda en su alma. Valga decir que este tema corresponde al tema filosófico de la abstracción del Universal a partir del sensible, que se produce por un proceso de evocación o recuerdo, es decir, de reminiscencia. Según Platón, el hecho de que el alma conozca las Ideas a partir de la experiencia sensible implica que las ha conocido en una etapa anterior a su vida terrena, y que ahora las evoca o recuerda a partir de los distintos casos concretos. Lo demuestra el hecho de que aún viendo cosas que no son totalmente la Idea en Sí, sino que apuntan a ella pero en un grado inferior, imperfecto, se reconoce en ellas la presencia escondida de la Idea en sí, que se ha manifestado de una forma imperfecta en un caso concreto, aun siendo ella perfecta. Y esto significa que debemos haber conocido antes esta Idea perfecta⁷⁶. En

⁷⁶ Véase por ejemplo Fedón 74a-e. Doy una explicación más detallada de este tema en mi libro *Platonismo y Sufismo...* Véase el capítulo 'Las Ideas en sí o los Bellos Nombres divinos' (pp. 17-24).

el sufismo encontramos el correlato a esta concepción en las aleyas coránicas que hablan del momento en que Dios enseñó a Adán, en su existencia pre-terrena, todos los nombres, conocimiento que los ángeles no tenían:

“Le enseñó a Adán todos los nombres, y mostró estos a los ángeles diciéndoles: <<¡Decidme sus nombres si sois veraces!>>. Dijeron: <<¡Gloria a Tí! No tenemos más conocimiento que el que Tú nos has enseñado. Tú eres, en verdad, el Omnisciente, el Infinitamente Sabio>>⁷⁷.

Romeo es el amante enamorado de la belleza absoluta que se insinúa en su amada terrenal, pues, como sucede en todas la célebres parejas de amantes de la tradición sufí, la mujer adquiere aquí también el status de lugar teofánico por excelencia. Dice Ibn ‘Arabī que Dios jamás puede ser contemplado sin un soporte, ya sea sensible o espiritual, pues la esencia de Dios es independiente de los mundos y la Realidad divina es inaccesible desde este punto de vista; de modo que la contemplación implica necesariamente un soporte sensible. Por esa razón, dice el maestro andalusí, la contemplación de Dios en las mujeres es la mejor y la más perfecta⁷⁸.

Volviendo al Šayh Pir (Shakespeare) inglés, encontramos la misma idea en otra de sus obras, *Othello*, concretamente en las palabras del traidor Iago, quien dice a menudo grandes verdades, puras en sí mismas pero desviadas y utilizadas al servicio de la maldad. Así, en relación a este tema de la mujer como soporte para la contemplación, encontramos las palabras que Iago dice al buen Cassio para que pida ayuda a la mujer de Othello, el Moro, para que hable en su favor y lo vuelva a restituir en su puesto de teniente, del que

77 C. 2: 31-32 (trad. de A. Guijarro).

78 Cf. Ibn ‘Arabī, *Los engarces de las sabidurías*, p. 269.

fue expulsado por el Moro debido a que se emborracho y causó, instigado por Iago, un altercado en la ciudad. Iago espera despertar así los celos de Othello, haciendo pasar esta solicitud de Cassio con su mujer por pretensiones de otro tipo. Así, Iago instiga a Cassio diciéndole lo siguiente:

“La mujer de nuestro general es ahora el general. Puedo decirlo así, en sentido de que él se ha entregado y dedicado a su contemplación, fijaos, y a venerar sus cualidades y gracias. Confesaos francamente a ella; importunad su ayuda para volver a ponerlos en vuestro puesto”⁷⁹.

El arquetipo está claro: el hombre adora la Belleza que hay en la mujer, lugar teofánico por excelencia. Y este arquetipo de la adoración (*ibāda*) de la mujer bella por parte del hombre noble lo encontramos en todas las tradiciones y toda la historia literaria de corte amatorio, y en Shakespeare es omnipresente. En la obra ‘La fierecilla domada’, por ejemplo, el seductor Petruccio conquista a la indomable Catalina alabando sus potenciales virtudes y diciéndole que por la luz con la que ve su belleza, la belleza que le hace amarla tanto, no se va a casar con nadie más. Y, como se verá, la relación de adoración no es solo unidireccional del hombre hacia la mujer, pues esta ve en el hombre también un principio único, del que se enamora también.

Romeo como el dios de la idolatría de Julieta

Igual que en la literatura del sufismo, pues, también en Shakespeare encontramos historias de amantes que simbolizan el amor divino. La historia de Romeo y Julieta es

⁷⁹ W. Shakespeare, *Othello*, Acto II, Escena II.